

El libro adopta un tono deliberadamente polémico y beligerante hacia la interpretación de Rahner. Esta tendencia adquiere, en ocasiones, tintes catastrofistas y puede predisponer negativamente al lector. En todo caso, más allá de las formas, el fondo de la crítica resulta pertinente: no hay críticas gratuitas, sino bien argumentadas, que requieren un ejercicio laborioso y honesto de confrontación intelectual.

José Ángel García Cuadrado. Universidad de Navarra
 jagarcia@unav.es

SÁNCHEZ MADRID, NURIA

Poéticas del sujeto, cartografía de lo humano. La contribución de la Ilustración europea a la historia cultural de las emociones, Ediciones Complutense, Madrid, 2018, 279 pp.

Han sido numerosos los estudios que se han llevado a cabo sobre el proyecto ilustrado a modo de “revisión”. Parte de ellos han destacado el incumplimiento de algunas de sus propuestas; otros han indagado por qué el prometido progreso no ha sido tan optimista como se aventuró en el siglo XVIII; no han faltado tampoco las monografías que se atrevieron a señalar la dirección adecuada para alcanzar, finalmente, el exitoso cumplimiento del proyecto cultural del Siglo de las Luces. El libro que edita la Dra. Sánchez Madrid no persigue, a mi modo de ver, ninguno de los objetivos señalados, no es propiamente una revisión sino una “exploración”: un indagar y examinar aspectos dejados en el olvido por relación a la Ilustración, pero que en absoluto le son ajenos.

Esta monografía recoge doce estudios autónomos, pero sujetos a una unidad temática clara, donde se nos presenta un acercamiento a la Ilustración amplio en el tiempo, en el espectro de perspectivas y sumamente fiel a la idea de que no hay una lectura unívoca del proyecto ilustrado, sino una rica variedad de problemáticas que se entrecruzan, no solo entre los distintos autores, sino también entre las múltiples facetas antropológicas que fueron redefinidas a partir del ideal ilustrado, las cuales van desde la pintura a la danza, pasando por

la fábula literaria y la novela subversiva, un acercamiento a la melancolía más allá del diagnóstico moral, tipos de locura, soledades y desfondamientos en que puede incurrir el “yo” reflexivo y perdido en sus propias representaciones, así como el papel activo —no meramente pasivo— que pueden alcanzar las pasiones en la construcción de la sociedad comercial. Todo ello supone tomar en cuenta los elementos “olvidados, pretéritos o sencillamente negados del pensamiento del siglo XVIII, especialmente cuando se adoptan marcos hermenéuticos excesivamente estrictos y reticentes a los matices” (p. 18).

En el prólogo de la Dra. Villaverde se deja clara la unidad temática del libro: “no solo en los *philosophes* razón y sentimientos conviven con más o menos fricciones: las novelas más exitosas de siglo XVIII están cuajadas de emociones” (p. 11). Se tiende a considerar que la Ilustración está definida sobre todo y principalmente por el dominio de una razón autónoma y científica; una razón que no deja espacio al juego de las pasiones ni al peso que los sentimientos tienen en la vida humana. Esta es certeramente la perspectiva que deviene cuestionada a lo largo del libro, hasta el punto de llegar a proponer —como fruto fecundo de los diversos estudios— que es preciso ampliar el horizonte de lo que suele entenderse por pensamiento ilustrado, no solo estudiando el papel de las pasiones en el ámbito artístico y de historia de las teorías social y política, sino también para señalar las patologías que aquejan a esa supuesta razón autónoma y racionalista, que permite rebajar con mucho el optimismo que con frecuencia se adscribe al proyecto ilustrado.

Es frecuente que entre las fracciones que abre la modernidad y se consolidan en los ilustrados a partir del siglo XVIII se mencione el divorcio entre razón y fe, tal como se aprecia en los bodegones *vivos* de Chardin, por ejemplo, o en el materialismo de Diderot. Pero, sin restar importancia a esa separación, es preciso señalar que el *nudo gordiano* radica en el dualismo cartesiano de las sustancias y, por tanto, en la aparente e insalvable separación entre *razón* y *pasión*. El libro que comentamos se adentra en ese problema en torno a tres grandes temáticas que articulan, a su vez, la unidad de los doce capítulos: los *paisajes de la subjetividad*, las *patologías de la conciencia* y las *emociones políticas*.

La cultura generada por la Ilustración va más allá de la historia de la razón —señala en el epílogo la Dra. Roldán, (p. 278)—, aunque “la razón” sea sin duda una protagonista indiscutible. La razón ilustrada autónoma no solo es científica, instrumental y calculadora, sino que puede llegar a extraviarse a sí misma no solo filosófica sino también literariamente; puede apostar por lo subversivo como muestra Diderot en el *Sobrino de Rameau*, así como servir a la pasión y lograr que el “egoísmo inteligente” se pueda armonizar societariamente, como se ve en Hume. Pero tampoco entre los ilustrados escoceses hay uniformidad sobre el ideal ilustrado. Ferguson hace jugar activamente a las pasiones en la construcción de la sociedad a partir de nociones como propiedad y subsistencia, pero, frente al “egoísmo inteligente” de Hume, aspira a un mundo social donde cada individuo, además de ocuparse de su propio interés, tome en cuenta el bien público, línea seguida en buena medida por Turgot, gran lector de los ilustrados escoceses. Si bien, no falta en el siglo XIX un intento por cuestionar esa tradición empirista —tan propia de los ilustrados escoceses— por medio de la rehabilitación que Cousin hace de Platón, al embarcarse en la edición francesa de sus obras.

¿Están razón y pasión llamadas a interactuar, o más bien, a permanecer como mortales enemigos que aspiran a objetos diversos? Hasta en la renovada teoría de la danza operada por Noverre comparece el debate. Frente a un ballet donde la técnica mecánica ahoga la libre expresión del que danza, la pantomima se presenta como el modo de enfatizar el papel de la pasión en la interpretación sin rebajar el virtuosismo técnico. No es menor el papel que el debate juega en el *Elogio de la estupidez* de Richter, donde las figuras del idiota, el sabio, el genio y el loco cuentan no solo con la inteligencia o su falta, sino cómo esta se entrelaza con la imaginación y el orgullo. La disparidad interpretativa entorno a la melancolía, que cabe encontrar entre un Moritz y un Goethe, es botón de muestra de esa *pluralidad de rutas* que hay que tener en cuenta a la hora de adentrarse en *el mapa de la Ilustración*. Tampoco hay uniformidad en la acción política a partir de las ideas ilustradas de igualdad, libertad y fraternidad, prueba de ello es el modo distinto de afrontar la revolución entre jacobinos y girondinos, tal como se ve en la cultura

de los salones parisinos y su problemática supervivencia para los defensores del modo girondino.

La vuelta sobre Kant cuestiona el papel que este le hace jugar a la mentira en su filosofía práctica. Pero no es la única referencia a la filosofía kantiana en el libro. El poeta Kleist y Tieck —editor de la obra de este— hacen unas lecturas de Kant distintas a la de Fichte, las cuales permiten explorar el potencial destructivo de un sujeto que cae en el abismo de su propia reflexión, o donde la locura comparece como un producto de la propia conciencia.

De otra parte, la educación del ciudadano es clave en el Siglo de las Luces. Lessing escribirá fábulas como instrumentos pedagógicos en esa tarea educativa. Las fábulas son un género literario muy querido por los ilustrados, pero obviamente están más allá del paradigma estrictamente racionalista. Será verdad entonces que “la Ilustración se dice y se dijo de muchas maneras” (p. 279). La Ilustración europea no se dice igual si es francesa o escocesa o alemana, tampoco si se la estudia en la expresión artística que en la literaria o en la conducta moral. Es preciso explorar en detalle y en una amplia variante de autores las distintas rutas que se abren en un acercamiento no uniforme. Este libro es una buena muestra de ello.

Raquel Lázaro. Universidad de Navarra
rlazaro@unav.es

SPENGLER, OSWALD

Man and Technics. A Contribution to a Philosophy of Life. Editado por Michael Putnam y John B. Morgan. Traducido por Charles Francis Atkinson y Michael Putnam. Prefacio de Lars Holger Holm, Arktos Media, [s.l.], 2015, 80 pp.

El centenario de la publicación del primer tomo de *La decadencia de Occidente* (*Der Untergang des Abendlandes*, vol. 1, 1918) de Oswald Spengler ha propiciado un renovado interés por este autor y ofrece, asimismo, una buena ocasión para valorar su obra con la perspectiva que proporciona el tiempo. La traducción inglesa reseñada del